

Consciente de la fatiga acumulada por el esfuerzo realizado en estas intensas jornadas considerando los aspectos de la actividad misionera de la Iglesia con motivo del *Mes Misionero Extraordinario Mundial 2019*, me van a permitir unas palabras que quiero ante todo son de agradecimiento, tanto a los organizadores como ponentes y participantes. Todos han contribuido a dilucidar la exigencia de renovar la labor misionera de la Iglesia en el contexto contemporáneo, propuesta por el papa Francisco.

Sin pretender ser exhaustivo y teniendo en cuenta las reflexiones que se han hecho y las experiencias espirituales que se han comunicado en estos tres días, en una brevísima intervención me limitaré a entresacar y resaltar aquellos aspectos más relevantes relativos a la misión en la Iglesia, de quien el papa Francisco dijo que “no es un aparte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiere destruirme. *Yo soy una misión* en esta tierra, y para esto estoy en este mundo” [EG 273]. La misión es, pues, una “tarea ineludible”.

En primer lugar, el Papa parte del bautismo como “realmente necesario para la salvación porque nos garantiza que somos hijos e hijas en la casa del Padre, siempre y en todas partes, nunca huérfanos, extranjeros o esclavos”¹. Añade además que el bautismo no es un acto individual de adhesión a Dios, sino eclesial: “... La comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es fuente de una vida nueva junto a tantos otros hermanos y hermanas. Y esta vida divina no es un producto para vender –nosotros no hacemos proselitismo– sino una riqueza para dar, para comunicar, para anunciar; este es el sentido de la misión. Gratuitamente hemos recibido este don y gratuitamente lo compartimos (cf. *Mt 10,8*), sin excluir a

¹ Mensaje del papa el 9 de junio de 2019, Solemnidad de Pentecostés.

nadie”². El anuncio misionero se realiza “sin excluir a nadie” y en comunidad, no en solitario.

Como consecuencia del bautismo, el papa infiere que todo bautizado es una misión en sí mismo: “Yo soy siempre una misión; tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión [...] Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios”³. En ningún lugar la misión que Jesús nos dio está limitada a especialistas, publicistas profesionales, teólogos, clérigos o miembros de comunidades religiosas. Ser misionero es la misión de Cristo para todos los bautizados. La misión no se limita a ciertos países (“no cristianos”), culturas y / o religiones. La misión es en cualquier momento, en cualquier lugar. Es la gran tarea transversal, a menudo olvidada, de todos los cristianos en todos los países y culturas.

Por el bautismo se nos da la paternidad originaria y la maternidad verdadera: no puede tener a Dios como Padre, quien no tiene a la Iglesia como madre. De esta forma la misión se fundamenta en la paternidad de Dios y en la maternidad de la Iglesia. “El secularismo creciente, cuando se hace rechazo positivo y cultural de la activa paternidad de Dios en nuestra historia, impide toda auténtica fraternidad universal, que se expresa en el respeto recíproco de la vida de cada uno. Sin el Dios de Jesucristo, toda diferencia se reduce a una amenaza infernal haciendo imposible cualquier acogida fraterna y la unidad fecunda del género humano”⁴.

Rememorando la llamada de Benedicto XV a superar la “clausura nacionalista”, el papa Francisco exhorta “a salir de los confines de las naciones para testimoniar la voluntad salvífica de Dios a través de la misión universal de la Iglesia” [*Carta al*

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ibid.

card. Filoni], porque la Iglesia “sigue necesitando hombres y mujeres que, en virtud de su bautismo, respondan generosamente a la llamada a salir de su propia casa, su propia familia, su propia patria, su propia lengua, su propia Iglesia local”, con la misión de llamar a la conversión, bautizar y ofrecer la salvación cristiana en el respeto de la libertad personal de cada uno, en diálogo con las culturas y las religiones de los pueblos donde son enviados⁵.

Solo me resta decir que necesitamos convertirnos al gozo del evangelio para guiar a otros a Jesús. Cuando nos hemos adaptado a pensar, actuar y sentirnos en una corriente humanista general, debemos hacer un esfuerzo decidido, para -como dice el papa Benedicto XVI- romper con la “mundanalidad del mundo”. Solo como “personas nuevas”, llenas del espíritu, tenemos un perfil misionero. Hemos de tener presente la misión no es siempre una historia de éxito, que no va incluido en ella. Sin embargo, en el testimonio fiel y alegre de Jesús, el sufrimiento y la resistencia también irradian una belleza que tarde o temprano se vuelve fructífera. Para ello, contamos con la herramienta de la oración, en su modalidad de la “intercesión”: “Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: la intercesión” [EG 281]. Esta intercesión la ve el Papa en María, “Madre de la Iglesia Evangelizadora” [EG 284]. “Confiemos -pues- a María, nuestra Madre, la misión de la Iglesia. La Virgen, unida a su Hijo desde la encarnación, se puso en movimiento, participó totalmente en la misión de Jesús, misión que a los pies de la cruz se convirtió también en su propia misión: colaborar como Madre de la Iglesia que en el Espíritu y en la fe engendra nuevos hijos e hijas de Dios”⁶. Estoy convencido de que estas jornadas nos han

⁵ Ibid.

⁶ Ibid.

ayudado a caer en la cuenta de la riqueza de nuestra pobreza que nos lleva a acompañar y a sentirnos acompañados en la misión encomendada.

No quisiera concluir sin hacer referencia a estas palabras de Santa Teresita de Lisieux: "Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones; que el amor lo era todo; que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares. En una palabra, ¡que el amor es eterno! Entonces al borde de mi alegría delirante exclamé: ¡Jesús, amor mío! ¡Al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! ¡En el corazón de la Iglesia, yo seré el Amor!". Una confianza que no la abandonará ni siquiera cuando le caiga encima la fina niebla: la noche de la fe con el sufrimiento de la incredulidad y la noche de la esperanza con la tentación de la levedad, de la miseria de todo, incluida ella misma, padeciendo la sensación de que al final no hay nada más que la insoportable levedad del ser. Estas noches le acompañarán hasta su muerte, transformándole el pensamiento del cielo en objeto de lucha y de tormento.

La luz para iluminar esas noches fue la oración, personal y silenciosa, coral y comunitaria. Santa Teresita, patrona de las misiones, nos habla del Dios de la experiencia, que se mete en las fibras de la historia humana personal y colectiva. Este estilo espiritual comporta el ir más allá de la confianza en los propios esfuerzos humanos para realizar la misión. En nuestro tiempo es difícil reconocerse amados y poder amar. Dejarnos amar por Dios en la propia fragilidad y debilidad, dejarnos mover y amar en comunión con el Señor que ama, afirmando el primado del amor misericordioso al que se acoge con absoluta confianza olvidándose de sí misma. Así forjó su alma misionera sin salir del convento, anunciando el amor de Dios. Su testimonio de vida es la expresión luminosa de su conocimiento de Cristo y de su experiencia personal de la gracia. Las almas sencillas no necesitan usar medios complicados. El misionero es un

mensajero del amor de Dios. Así el futuro nunca es una amenaza sino una oportunidad de dar cabida a Dios en nuestra existencia y dejar nuestras certezas. Basta dejarse atraer por Cristo y esto ayuda a llevar a los demás detrás de sí. Escribía Santa Teresita: “Así como un torrente que se lanza con impetuosidad al océano arrastra consigo todo lo que encuentra a su paso, del mismo modo, oh Jesús mío, el alma que se abisma en el océano sin riberas de vuestro amor, lleva tras de sí todos los tesoros que posee”. Su vida tuvo un epílogo: “No me arrepiento de haberme entregado al amor”. Que el vigor del Apóstol Santiago, la intrepidez de san Francisco Javier y la espiritualidad de Santa Teresita nos ayuden a estar vigilantes y ser fieles a la misión.

Les agradezco profundamente sus aportaciones en estas *XX Jornadas de Teología*. Les deseo con fraternal afecto que el Señor les conceda un feliz retorno a sus lugares de procedencia. ¡Muchas gracias!